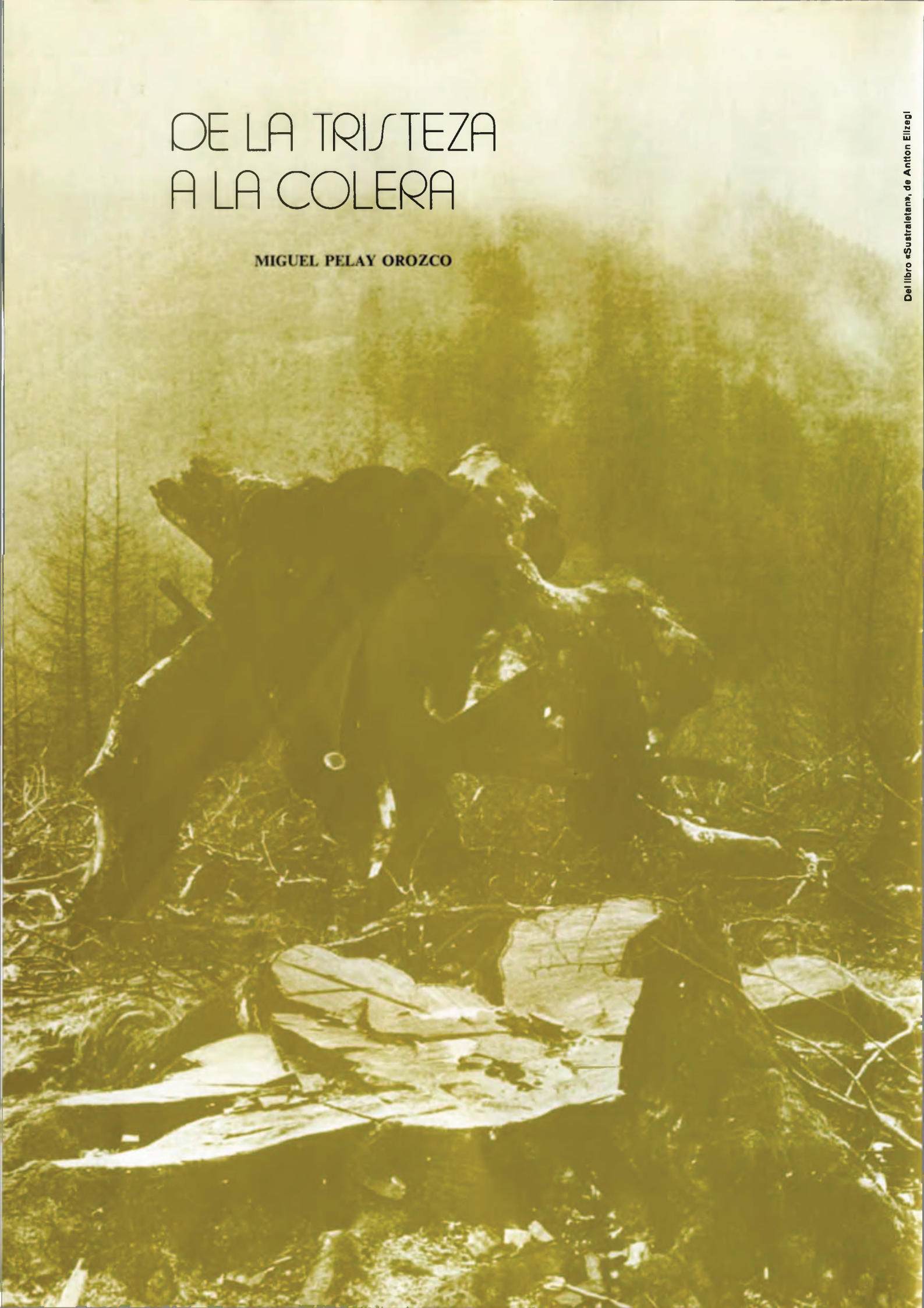


DE LA TRISTEZA A LA COLERA

MIGUEL PELAY OROZCO



Esta vez he regresado triste de Aránzazu. Triste y decepcionado, por más que esperara lo sucedido.

Precisamente, hace ahora tres años escribí para esta misma revista *Oarso* una colaboración que titulé «Adiós a los viejos bosques...», en la que manifestaba ya mi inquietud por la suerte que aguardaba a una porción de espléndidos robles que había en aquellas alturas, en las inmediaciones del caserío *Bildotsa*. Eran tan hermosos que forzosamente habían de constituir una tentación crematística para alguien —en nuestro país nunca falta ese *alguien* que hace y deshace las cosas a su capricho—. Me parecía que todo era cuestión de tiempo. De poco tiempo, además. El día menos pensado nos encontraríamos con el hecho consumado y los robles centenarios habrían caído para siempre, víctimas de la motosierra. A propósito, y permítaseme el inciso un tanto digresivo, antes, como quien dice, de entrar en materia: ¿Ha visto el lector funcionar ese terrible artefacto en un bosque? Produce escalofríos. El árbol más corpulento y plétórico de vida sucumbe en unos cuantos minutos. Antes era precisa la acción prolongada y enérgica de varios atléticos *aizkolaris* para que un roble de treinta metros de altura o un haya robusta y añosa se desplomasen a golpe de hacha. Ahora...

«En Aránzazu —podía leerse en mi citado artículo (quizá lo recuerde algún lector copartícipe de mi angustia forestal y ecológica)—, en las inmediaciones del caserío *Bildotsa*, se yerguen todavía unos cuantos robles añosos. No son muchos —me da miedo airear la información— pero constituyen una especie de pequeño bosque. Se trata de unos árboles soberbios, majestuosos, quizá centenarios, con el airoso y robusto tronco revestido por un tupido retículo de jugoso musgo, que parece elevar al cielo su espesa fronda como impetrando la protección de las alturas. Todos los años, al irme acercando a aquel maravilloso paraje, siento el temor de no encontrarme ya con ellos. De haber perdido para siempre unos viejos amigos. La última vez que estuve allí permanecían todavía en pie, pero, al pasar junto a ellos, tuve la impresión de que me contemplaban con un vago sobrecogimiento. Se diría que presienten ya la proximidad de su fin...»

* * *

Un amigo querido, el poeta Gandiaga, me evitó el ramalazo que me hubiera producido el súbito y desolador espectáculo, sin un piadoso apercebimiento previo.

—Todavía están allí —me dijo, tras relatarme la espantosa tala—. Tumbados parecen aún más hermosos...

Quiero señalar que si hay alguien a lo largo y ancho del País Vasco que ama a los árboles, ese alguien es, sin lugar a dudas, el Padre Gandiaga. Con sus propias manos, y en lugares tan increíbles y peligrosos como pueden serlo los estremecedores declives que enfilan al barranco sobre el que se erige el Santuario, Gandiaga ha plantado centenares, puede que miles, de árboles. De especies, además, en su mayoría autóctonas. Es decir, robles, fresnos, arces, abedules, etcétera. Por cierto que a menudo tiene que echar mano de ese refrenamiento de signo franciscanista que tanto nos sorprende a quienes nos movemos en el ámbito laxo de la seglaridad: es cuando comprueba que algún gamberro o algún desalmado ha matado uno de sus cachorrillos arbóreos. Al pronto, su ceño se frunce amenazadoramente y su mirada adquiere un brillo violento y dramático. Uno piensa por un momento que el malhechor lo pasará mal si nuestro poeta le sorprendiera in fraganti. (Para ser sincero, uno no sólo lo piensa, sino que lo desearía, además.) Pero no. No hay peligro de que tal cosa suceda. Pasado ese fugacísimo instante de furor, la expresión de Gandiaga se serena y nuestro vigoroso fraile reasume su actitud de dulce mansedumbre franciscana. Ahora mismo, después del crimen de los robles, parece tranquilo, sosegado...

* * *

He pasado por el lugar donde se levantaba el pequeño bosque. ¡Qué desolación! Allí yacen todavía los espléndidos monumentos vegetales, desnudos ya de follaje. La hierba, en cambio, aparece cubierta de hojas pecioladas, melancólicamente marchitas. Acaricio con emoción el cuerpo formidable de uno de los robles. Del más corpulento de todos. De aquel del que yo me despedía con temor todos los años. Ahora, muerto, exánime, definitivamente abatido, parece aún mayor. Y se muestra tan recto, tan interminable, tan increíblemente esbelto, que parecería haber sido trazado con tiralíneas. Cosa curiosa: la cantidad de ejemplares que integraban la pequeña floresta, una vez derribados, se le antoja a uno muy superior a la que imaginaba viéndolos erectos y cubiertos de espesa fronda.

Por desgracia —o por lo que sea— mi cólera no termina de disiparse. La resignación de Gandiaga no me alcanza. Han transcurrido los días y sigo irritado.

Con mi país, con mi tiempo, con mis paisanos, con mis amigos, conmigo mismo. Con todos y con todo. Y, de pronto, acude a mi memoria la poesía de Oteiza:

*Amo a mi país profundamente
me da rabia (mi país) profundamente...*

Y recuerdo asimismo, y comparto y me identifico plenamente con ella, otra frase del maestro de Orio que incomodaba un poco a cierto escritor euskaldun (quizá porque no captó del todo su sentido):

«¡Qué difícil es ser vasco!»

* * *

No sé lo que daría por tener una pluma lo suficientemente poderosa como para despertar entre los habitantes de este país, antes de que sea demasiado tarde (que ya lo va siendo), una concienciación plena respecto de nuestro inquietante problema ecológico.

Pero es difícil. Hoy en día, la mayor parte de nuestros conciudadanos no parecen mostrar interés sino por aquello que les afecta de una manera muy material y directa. Así pues, el invocar con ellos valores espirituales, estéticos o higiénicos, equivale a perder el tiempo. Ciertamente hay un sector que siente el país de verdad, pero...

Como si pesara sobre nosotros una extraña maldición ancestral, siempre surge —especialmente en los momentos más delicados y decisivos— algún tema que viene a monopolizar por completo nuestra atención hasta convertirse en una impenetrable cortina de humo. Tal circunstancia nos impide —hoy como ayer, ayer como hoy— obtener una visión amplia, coherente y eficaz de nuestros problemas. Que no son, por cierto, ni pocos ni leves. Así se da el caso de que actualmente una gran parte de la gente a la que cabría considerar —se trata de ese sector al que he aludido, que es el sector euskaldun del país— como profundamente implicada y comprometida en la custodia de nuestros valores más preciados y esenciales, se halla enzarzada en una lucha encarnizada, planteada precisamente en el campo del propio idioma. Es decir, que se da la extraña y absurda y triste paradoja de que empieza por dividirnos —y, ¡de qué manera!— justamente aquello que debería unirnos indisolublemente. Aquello que debería constituir, además, nuestra auténtica reserva logística, nuestro último reducto defensivo, aglutinante y coordinador.

Pero no voy a ahondar en este espinoso asunto ni a reprobar, a estas alturas, cierta iniciativa cuyas consecuencias estamos pagando todos. Ya, ¿para qué? ¿Para jactarme de haber acertado en mis sombrías predicciones? Es cosa que no me satisface. Y, entre otras razones, porque hubiera preferido equivocarme...

Lo que sí me guataría es contribuir a que no volvamos a vernos reflejados en la funesta fábula de los galgos y los podencos, empecinados en porfías inacabables y estériles, y dejando de lado, como si no existieran, importantes problemas políticos, religiosos, culturales, ecológicos, etcétera, que nos acucian hoy y que están exigiendo soluciones inteligentes e inmediatas.

¡Pues no tenemos rompecabezas por resolver en este bendito país! Sin ir más lejos, ahí están los de la Universidad; el bilingüismo; la ordenación industrial; la urgente planificación de reservas para nuestras esquiladas áreas verdes; la batalla contra la contaminación de los ríos y de los grandes centros industriales; el caótico desequilibrio entre las extensas zonas desertizadas en Alava y Navarra y las angustiosas concentraciones humanas que se están produciendo en casi todas nuestras ciudades; la amenaza de las centrales nucleares; el delicado problema de integrar con adecuación y tino a la población inmigrante; el no menos delicado problema de decidir si conviene ir hacia una ambiciosa planificación infraestructural que abarque al conjunto de las regiones que constituyen el país, o si es preferible continuar escindidos, como hasta ahora, rivalizando sempiternamente en empresas provinciales de tono menor...

En honor a la verdad, hay que señalar que algunos de estos asuntos han llegado a calar con fuerza en la opinión pública, polarizando los anhelos de la colectividad. Esto, para mí, se traducirá en eficacia. Entre estos asuntos se hallarían el de la Universidad y el de la repulsión a una posible concentración de centrales nucleares en nuestro parvo litoral. Y aunque quedan muchas otras cuestiones que, a pesar de su gravedad, no consiguen interesarnos, en el momento en que escribo estas cuartillas, recién llegado de Aránzazu y con el recuerdo fresco de uno de nuestros últimos robledales abatidos en aras de la codicia y al amparo de nuestra insensibilidad, de nuestra indiferencia y —digámoslo también— de nuestra incultura, la cuestión que me encrespa y me solivianta es la de la brutal agresión que viene sufriendo nuestro paisaje, nuestro milenario *habitat* vasco.

Enmendar la plana a la Naturaleza puede resultar peligroso. Los estudiosos de la Ecología nos enseñan que en un bosque no depredado ni prostituido por el hombre, existe siempre una admisible armonía entre todos los elementos que lo constituyen, esto es, entre sus especies arbóreas y la flora en general, la fauna que lo habita y las propiedades ambientales y climáticas de la zona. Pues bien: parece que este equilibrio, al que se da el nombre de sistema ecológico, es susceptible de resentirse con cualquier modificación que se efectúe, por inocua que lo parezca. Si esto es realmente así —y uno no puede certificar que lo sea— cabe inferir que las abusivas transformaciones llevadas a cabo en nuestros bosques por móviles exclusivamente crematísticos y sin haber tenido jamás en cuenta unos mínimos niveles de prudencia, pueden resultar ciertamente catastróficas.

Pero, al margen de las ominosas advertencias de los científicos, hay, para mí, otro aspecto muy importante en la cuestión. Soy de los que creen —lo he dicho y lo he escrito muchas veces— que el paisaje y el hombre se corresponden y se condicionan y se complementan. De ahí mi temor de que el bárbaro e implacable genocidio forestal que se está cometiendo en nuestro país desde hace muchos años, tarde o temprano repercuta psicológicamente en el hombre vasco, cayendo sobre él como una maldición. Lo malo o, al menos, lo injusto, es que afectará al vasco del mañana —la verdad es que, si ha de ser un reflejo del entorno que va a heredar, está aviado—, al que, en puridad, no debería corresponderle ninguna responsabilidad por el contumaz desafuero que se perpetra. Nuestro es el pecado. O, al menos, parte de él, porque nosotros recibimos un patrimonio, todavía espléndido, que estamos destrozando por codicia, por indolencia, por estupidez. Los que vengan mañana encontrarán lo que nosotros dejemos. Es decir, que apechugarán con un país cuya fisonomía ha sido adulterada y envilecida hasta extremos increíbles. Así pues, está claro que si no reaccionamos pronto y con energía, la imagen que legaremos a nuestros sucesores será la de un país que vio con indiferencia cómo desaparecían sus bosques de especies nobles, sus robledales, hayedos y castañares inmemoriales, en los que cada ejemplar parecía afirmarse y distinguirse orgullosamente de sus congéneres —esta haya dolorida cuyas ramas retorcidas en torno al poderoso tronco harían pensar en los tentáculos de un pulpo mitológico; ese castaño erosionado, hueco, semipetrificado, lleno de mutilaciones y quebraduras,

como un legendario héroe vegetal; aquel roble erguido en una verticalidad insolente, cual si su copa quisiera besar el cielo...— para ver surgir en todos sus montes grandes alineaciones de pinos que degradan y ensombrecen el paisaje.

En fin. Aquí cabría decir, como en un remedo irónico y dudosamente oportuno de los seriales radiofónicos, aquello de que los hijos pagarán por las culpas de los padres...

* * *

He pretendido dar a estas cuartillas —y puede que la cólera con que han sido escritas haya coadyuvado al empeño velando un poco mi tristeza— un tono que no pareciera excesivamente lacrimoso y elegíaco. Mi propósito no ha sido el de entonar un réquiem sensiblero por nuestro paraíso perdido. Mi propósito ha sido, más bien, el de expresar, con un grito ronco y desapacible, mi desprecio y mi aversión por la ramplonería de una sociedad insensible, consumista y materializada, que está contemplando sin el menor gesto de protesta el gran escamoteo forestal de un maravilloso territorio...

Donostia, junio de 1976.